

ARRIBA
28-XI-71

LUCES DE BOHEMIA

A muchos espectadores del esperpento de Valle-Inclán, "Luces de Bohemia", que se representa en Madrid, les irrita la crueldad de las situaciones y la acrimonia del lenguaje que les parecen no sólo groseros, sino injustos. Y tendrían razón si la obra de Valle-Inclán no fuese la caricatura de una época y, por tanto, exageración de una realidad cuyos lamentables perfiles se ofrecen a la pública vindicta no sólo para escarnio, sino para examen de conciencia. Valle-Inclán pone en la picota un Madrid "absurdo, brillante y hambriento", suprema expresión de una España a la deriva. Y nos parece muy oportuno que aquella triste España resucite en las fugacidades de un escenario para advertencia de los españoles que vivimos en la España ascendente de 1971. Porque fue contra aquel pelele manteado por traficantes y currinches, contra el que se alzó el pueblo en armas el 18 de Julio de 1936. Quien no logre ver lo que en el 18 de Julio hubo de común con el 14 de Abril de 1931, no es posible que entienda lo más profundo de nuestra historia contemporánea. Porque es evidente que en ambas fechas el pueblo español quiso superar una situación que vacilaba entre la estupidez y la vesanía y que si la República hubiera tenido una pizca de sentido común y responsabilidad se hubiese consolidado y no hubiésemos tenido que caer en las simas de la guerra civil. Pero con insanos como Alcalá Zamora y Maciá o aventureros como Lerroux y Companys —consúltense las Memorias de Azaña—, ¿qué otra cosa que desconcierto y desventura podría esperarse? El 18 de Julio fue, en definitiva, un 14 de Abril nacionalizado y actualizado: limpio del polvo y la paja de las supersticiones y lugares comunes del siglo XIX, que lo envilecieron y malograron en 1931.

Algunos pillines que parecen

regocijarse mucho viendo la obra de Valle-Inclán con las ridículas y bobadas de las autoridades y defensores del "orden establecido" del Madrid de 1920, no parecen darse cuenta de que no resulta menos ridícula y boba lo que podríamos llamar "la oposición". Si el orondo señor Ministro y los secretarios y policías que aparecen en el esperpento, son un hatajo de presuntuosos badulaques, ¿qué puede decirse del enloquecido anarquista catalán, del vagabundo don Latino, del anglómano don Gav o del farsante refugiado Basilio Soulnake? Todos ellos son una mezcla de ignorancia y atolondramiento y de una pedantería que oye campanas y no sabe dónde. Toda la amargura de "Luces de Bohemia" no recae únicamente sobre los figurones conformistas, sino que se ensaña también con los chisgarabís revolucionarios. En eso, el gran don Ramón de las barbas de chivo es de una imparcialidad impresionante.

Pero lo que más impresiona de todo es la sarcástica caricatura que hace de la "intelectualidad": de esa nueva beatería que ahora que se está extinguiendo la clásica sacristanesca, se está imponiendo por todas partes. El pobre Max Estrella, "el primer poeta de España" como lo califican sus amigos, es un inepto que fracasa porque no tiene la menor idea del mundo en que vive y en vez de conceptos utiliza tópicos "flatus vocis", verbosidades que sólo son ruido. ¿Y qué decir de la chusma de los jóvenes poetas "modernistas"? La caricatura valleinclanesca es feroz: tan ignorantes como presumidos, creyéndose con derecho a denigrar todo lo que encuentran sin el menor propósito de mejorarlo o corregirlo. Antes, bien, se gozan con la miseria material y moral ambientes y, entre chistes y retruécanos, fustigan al país sin darse cuenta de que se están azotando a sí mismos. Valle-Inclán co-

nocía bien a los "intelectuales" de su tiempo y los tunde sin compasión. No tanto por lo que hay en ellos de incompetencia y vaciedad como por lo que hay de pedantería. No creemos que sea por casualidad por lo que el protagonista de "Luces de Bohemia" es ciego. Simbólicamente se nos quiere decir que aquel pobre hombre que no ve con los ojos del cuerpo tampoco ve con los del alma. Y, como dice la Escritura, si un ciego guía a otro ciego, ¿no caerán ambos en el hoyo?

Esa es, acaso, la gran lección de "Luces de Bohemia": que la España que caricaturiza era una realidad deplorable no tanto por la miseria material del pueblo como por la miseria moral de los que pretendían ser sus regidores o maestros. El "establishment" de la España de 1920 era una calamidad, pero la "oposición" era un desastre. Al comenzar el esperpento, se le escapa a su protagonista una frase que puede ser todo su programa: "Podemos suicidarnos colectivamente." Lo peor de la España de 1920, como de la de 1931 a 1936, es que gran parte de sus minorías rectoras no creían en nada y, conscientemente o no, se resignaban a un suicidio nacional. Y lo peor del suicidio no es la acción de privarse de la vida, sino la pérdida de la voluntad de vivir. El que se suicida porque está desesperado, vive hasta el último minuto; pero el que se mata porque ya no espera nada y nada le importa, está muerto aún antes de morir. Ese era el grave peligro de las clases dirigentes españolas del que tuvo que rescatarlas un instintivo levantamiento popular. Por eso los pillines que tanto se solazan con las inverecundias valleinclanescas harán muy bien en no recaer en las ideas y las fórmulas políticas que hicieron posible aquel inmenso disparate del que "Luces de Bohemia" es la caricatura.

Jesús SUEVOS